

LA VUELTA DE LOS DÍAS



SEAMUS HEANEY: LA MEMORIA DEL AGUA

JEAN-CLAUDE MASSON



*The Open Road — thy vision is reclaimed!
What heritage thou' st signalled to our
hands!*
Hart Crane

Si todo inglés es una isla, como quería Heine, ¿qué decir de cada irlandés? La observación vale aún más para los habitantes del Ulster, aislados en la tierra de los suyos. Nacido en el condado de Derry en 1939, Seamus Heaney tenía diez años cuando el sur proclamó la República de Irlanda. Tras largos años de estudio y de enseñanza en Belfast, tomó el camino del Eire. Ahora divide su tiempo entre Irlanda del sur y los Estados Unidos, en donde es profesor en Harvard. Ya exiliado del interior, en una isla partida por la mitad, Heaney vive a caballo sobre dos continentes, con un pie de cada lado del "charco", como se dice en Quebec.

Seamus Heaney es el poeta anglofono vivo que tiene el mayor número de lectores. Cuando lo invitan a dar recitales, imanta a las muchedumbres, más que los tenores populares o los coros del Ejército Rojo. Y no necesita percusión de manos, chasqueo de botas, gestos enfáticos, el vibrato de los violines o voces de contralto. Sólo algunos collares —rotos— de palabras. En efecto, ¿qué es el verso libre sino

un collar quebrado? Esto dice a qué grado Heaney es más que un virtuoso: tiene gracia. La maestría seduce, la gracia hace mucho más: eleva el alma al mismo tiempo que subyuga al auditorio.

Las muchedumbres vibran al escuchar a Heaney porque, al tiempo que encarna una falla, una desgarradura, es la conciencia y el eco de una unidad perdida muy antigua. ¿Necesito precisar que esta unidad no es sólo —ni siquiera prioritariamente— de orden político? Firmemente comprometido en la lucha de su pueblo, el poeta evita traducir sus emociones en términos de arenga electoral o como retórica de comicios agrícolas. No porque esté alejado del pueblo, todo lo contrario: hijo de granjeros —campesinos católicos—, sabe demasiado lo que separa al verbo de la verborrea. Para expresar su doble condición —de terrícola y de insular— Heaney recurre naturalmente a los mitos cosmogónicos, a lo "terráqueo", diría Guillevic, su primo de moda en Bretaña.

Todavía en el siglo XVIII, Voltaire y otros escritores usaban el término "terráqueo" para calificar a nuestro globo. La obra entera de Heaney podría describirse bajo el signo de esta palabra, en particular en el motivo recurrente del turbal:

las turbas rojas y negras de Irlanda. La turba es la fusión de tres elementos: el agua y la tierra convertidos en combustible. ¿Cómo no reconocer aquí una de las ilustraciones más hermosas, más manifiestas, de ese "materialismo orgánico, tan activo en el inconsciente", del que Bachelard resultó el intérprete? El precipitado del turbal, condensado de limo que duerme y de calor que conserva tan bien los despojos de los antepasados, figura expresamente a la tierra madre y al retorno de los orígenes. En su prefacio a la selección de poemas de Heaney que apareció en francés*, Richard Kearney muestra cómo el hogar, para el poeta, no es una propiedad literal, algo dado, sino el objeto de una búsqueda, la búsqueda de un *advenimiento*. Y utiliza una valiosa declaración de Heaney: "Empezaré por la palabra griega *omphalos*, que significa ombligo, y por lo tanto la piedra que marcaba el centro del mundo, y repetiré [esta palabra] hasta que su sonoridad ahogada y caída se vuelva la melodía de alguien que bombea agua en el patio... La bomba marca una penetración original en la tierra, la arena, la grava, el agua. Centra y sostiene la imaginación, hace de sus fundaciones la fundación del *omphalos* mismo". Imagen transparente si la hay, a semejanza del pozo, la ecuación bomba—ombligo (como en otra parte: turbal—memoria—conciencia nacional) designa especialmente a la Madre en un

* Seamus Heaney, *Poems 1966-1984*, traducidos por A. B. Kearney y F. Lafon, prefacio de R. Kearney, Gallimard, 1988.

poema del libro *Puerta hacia lo negro* (*Door into the dark*, 1969):

Mientras bombeo agua, el viento carga-
[do
de escupidajos de lluvia deshilacha
la cuerda de agua que cae.
Se desenrolla, como la placenta del aire
[recién nacido,
con cada respiración del buceador.

Como tantas metáforas obsesio-
nantes, la poesía de Heaney conju-
ga el verde de Irlanda en todos los
modos de una tierra anfibia: lodo,
gordos surcos, alisos y abedules
que chorrean, nutrias, juncos, hele-
chos mojados, minas inundadas,
arenas movilizadas de las hojas se-
cas, brumas esponjosas, grutas que
trasudan, marismas, pantanos. El
suelo es "una buena mantequilla
negra", los pinos están "blandos co-
mo pulpa", la mujer es una "dríada"
que da de beber como el zahorí. El
poeta —y su pueblo a través de
él— comulga con la tierra *tomada*
como un todo: se la come. Fermenta-
ción, fecundación, eflorescencia;
esponsales caníbales, acoplamiento
cósmico: "exprimo una hoja.../ para
que la lenta quemadura/ de su
jugo pegajoso/ fortalezca y armoni-
ce tu piel.../ lamo mi pulgar/ y lo
meto en la tierra/ le doy la unción/
a la huella de hoja". En materia de
erotismo como en otras cosas, la
metáfora —es decir la transferencia—
es infinitamente más eficaz,
más verdadera, que las niñerías de
la literalidad.

La tierra de Finn y de Deirdre,
como el bosque de Bételgeuse o de
Excalibur, como todos los embruja-
mientos de la leyenda artúrica, tie-
ne el color y el sabor de un licor de
endrina: "ahumado, azul-negro".
Una agua en toda su densidad: pesa-
da, *sólida*. Pero seguramente es de
signo contrario al "agua pesada" y
mortífera de Poe, tal como la defi-
nió Bachelard, lo que confirma así,
con el análisis de las imágenes, la
tesis psicológica de Marie Bonaparte
sobre el poeta americano: la ne-

gra asimilación de las aguas que
duermen con la madre difunta. Pa-
ra el irlandés, aún las aguas estancadas,
las aguas "muertas", son una
invitación, no al viaje, sino al arraigo.
"Toda agua es deseable para nosotros",
dice Claudel en *Conocimiento del Este*:
"el agua expresa la fuerza de un país
resumido en sus líneas geométricas".
Como el puente es un brazo tendido por
encima de la corriente, los poemas de
Heaney son arcos de la alianza: entre
los elementos, entre lo visible y lo
opaco, entre la parábola de Hércules
(la "razón iluminadora") y la de Anteo
(la "fidelidad primitiva"), entre la
naturaleza, el mito y la historia, entre
la guerra y la fraternidad, el gaélico y
el inglés. Su poesía es una sustancia
que actúa por atracción, por imantación,
no por exclusión ni repulsión. Es todo lo
que distingue a la entelequia de la ma-
teria de los sueños huecos de la ideología.
Arcilla adánica, "sueño de oro del río",
sangre negra de las bayas en la maleza,
mantequilla: "sol coagulado". Toda
materia se dedica a marcar un territorio
íntimo, a dibujar un país. Su nombre es
albatros, loco de Bassan, garza, martín
pescador. Irlanda: tierra del Ire de los
vientos, islas de Arán, en donde la

zarzamora está "hinchada de sangre"
y sabe a vino espeso. Tierra de llovizna,
de encinares y de truchas, tierra para
Resistir el invierno, tierra de *Excavación*,
de garduñas y de mofetas, Norte que
deriva, archipiélago sonoro. A la inversa
de tanta poesía comprometida, de la que
se ha podido decir que no comprometía
a nada, Heaney cosecha en su red de
imágenes —como si cuadrículara el
océano de acedias para pescar los ritmos
ariscos, los sonidos suaves y sibilantes de
los celtas— los sueños y las visiones de
un pueblo que es al mismo tiempo único
y universal. Al leer a Seamus Heaney,
como al leer a Synge o a Yeats, todos
estamos un poco hechos con la tierra y
el mar de Irlanda. Es como un legado
que recibimos. Entonces, podemos
completar la cita de Hart Crane puesta
en exergo, un extracto de su homenaje
a Whitman:

...atestiguaste
para que circule ese impulso de con-
[ciencia
el Camino libre —¡se solicita tu visión!
¡Qué herencia persiste en nuestras
[manos!"

TRADUCCIÓN DE AURELIA ÁLVAREZ URBAJTEL

EDMUNDO O'GORMAN Y LA VERDAD DEL HISTORIADOR

JUAN MARICHAL

“E l valor, esto es, la verdad
del trabajo histórico, es-
tará en proporción a la
riqueza humana del historiador”.
Estas palabras de uno de los más
eminentes historiadores franceses
de nuestro siglo —Henri Marrou
(*Del conocimiento histórico*, 1954)—
se aplican a la obra del historiador

mexicano, recientemente desapare-
cido, Edmundo O'Gorman. Para mí
—llegado al acogedor México de
1941, procedente de la postergada
Europa— O'Gorman fue un ilumi-
nador descubrimiento; porque es-
cuchaba, en un aula de aquel siem-
pre recordado Mascarones (sede
entonces de la joven Facultad de fi-

losa y letras), por vez primera a un intelectual docente de primera magnitud. Había tenido excelentes profesores de bachillerato en España y en liceos de París y Casablanca, pero a ninguno de ellos podría considerarse como *intelectual*, en su pleno sentido. Ni tampoco, allí mismo, en Mascarones, podía caracterizar como tal a los buenos maestros que habían precedido a la clase de O'Gorman: desempeñaban su oficio docente con rectitud pero, por ello mismo, no cabía en ellos *alterar* vitalmente a sus alumnos. Y esta experiencia gozosamente *heterodoxa* (en términos universitarios) es la que nos estaba reservada a los alumnos de don Edmundo.

Que consistía, ante todo, en interrogarse sobre la naturaleza de la propia disciplina —la historia de América— empezando por la misma noción de "América". Lo cual generaba un vasto Amazonas de conceptos y datos históricos que enriquecían numerosos tributarios: era, en suma, el convivir, durante una hora, con la sustancia, al desnudo, de una intensa autobiografía intelectual. Ya no podríamos, tras aquel primer encuentro con O'Gorman, seguir ninguno de los caminos trillados de la investigación histórica. Y, sobre todo, sabíamos que era imperativo defendernos de las tentaciones de los poderosos e inertes positivistas, los gigantes que nuestro quijotesco maestro no cesaría de alancear con alusiones no siempre perdidas. Mi discípulo John Phelan, recién llegado de Harvard —y que sería el autor de muy valiosos estudios dedicados a México, Colombia y las Filipinas en diversas fases hispánicas— decidió consagrarse a la historia latinoamericana "a la O'Gorman", alejándose para siempre del tedio universitario norteamericano en ese terreno.

Conviene observar, ahora, que don Edmundo no era, desde luego, un catedrático predicador (como tan numerosos lo son en los países de lengua española) pues en su estilo docente predominaban el humor y el *understatement* británico —cuya aproximada traducción podría ser "atenuación deliberada"— sin olvidar los modos verbales mexicanos de sutil ironía. Como cuando nos aconsejaba que no era legítimo enjuiciar a los muertos "ya que no podían contestarnos". Ni tampoco descuidaba O'Gorman —¡muy al contrario!— los métodos de investigación rigurosa de las escuelas históricas europeas del llamado positivismo: lo recuerdo así en el Archivo Histórico (que él dirigía, 1944) atendiendo muy caballerosamente al venerable Herbert Bolton, su rival en una sonada polémica de aquellos días de "buena vecindad" intelectual norteamericana que intentaba englobar a todo el continente americano en un solo mundo histórico. El profesor Bolton (con quien trabajamos en un seminario, organizado por don Edmundo, una media docena de sus alumnos universitarios) no cabía en sí de gozo americanista pues para él O'Gorman encarnaba la comunidad anglo-hispánica misma de naciones: O'Gorman, no obstante su anti-positivismo, era un modelo de interlocutor —¡y en un inglés envidiable!— atento a las razones del colega anciano y seco erudito.

Quiero concluir esta apresurada semblanza de don Edmundo —y no puedo omitir la mención de mi deuda con él ya que gracias a sus cursos y amistad generosa pude sortear obstáculos diversos que no son del caso ahora— refiriéndome a uno de sus libros que me parecen revelar la sabiduría (en sus dos acepciones principales) de don Edmundo: *Des-*

tierra de sombras, UNAM, 1986. El subtítulo es explícito: "Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac". O'Gorman sabe, por supuesto, que está en dominios harto delicados para un historiador mexicano —cuya lealtad patriota se transparenta en toda su obra— mas con exquisita prudencia emprende "la navegación entre los escollos y los espejismos del tormentoso piélago historiográfico de ese medular acontecer de la vida espiritual de la nación mexicana". Y maravilla cómo O'Gorman avanza con una erudición y una maestría incomparables en el cotejo de documentos que le envidiarían los autores que él califica de "apacionistas" ¡y más aún los historiadores de la cultura del mundo iberoamericano (en su estricta acepción)! Ahí, en el *Destierro de sombras*, está el O'Gorman de su gloriosa madurez, con la finura intelectual que deslumbró a los estudiantes españoles hace algunos años.

Mas este libro finalmente muestra cómo la riqueza humana de Edmundo O'Gorman es la que da a su dilatada obra el inconfundible tono mexicano de su voz histórica. Así confiesa que "por reverencia a la memoria de mi abuela materna, dechado de fe y devoción guadalupanas, me resistía a publicar este trabajo". Añadiendo sin pedantería alguna, "persuadido de que la fortaleza de la fe es invulnerable a los asaltos de la razón" don Edmundo siente serenamente que "nada de cuanto diga puede minar la creencia en la verdad histórica del prodigio del Tepeyac". Estamos, pues, muy lejos de toda arrogancia racionalista, aunque también de quienes (sabiéndolo) viven como sonámbulos. En verdad, Edmundo O'Gorman era, es, un claro maestro de una excepcional lucidez, la de la compasión. 

CARTA DE MADRID

MIGAJAS

BLAS MATAMORO



COSTAR Y VALER

Ojeando y hojeando las páginas culturales de un periódico me encuentro, en fila, estas noticias sobre la vida de los creadores españoles: Fernando Delgado cobra un cheque de cincuenta millones de pesetas por ganar el premio Planeta de Novela. Lourdes Ortiz ídem por doce millones (obtuvo el accéit). Ibermúsica se apodera del mercado musical madrileño: el curioso tiene una lista de lo que ha de pagarse por abonos y localidades sueltas. Las nuevas cubiertas del museo del Prado costarán 1400 millones. La viuda de Borges pide 125 millones como adelanto por la publicación de las obras completas de su marido. Camilo Cela reclama cien millones por un cuadro de Joan Miró que dice pertenecerle y retiene su hijo.

¿Qué ocurriría si contáramos iguales detalles tomados de la vida de un banquero o un deportista? Me temo que los resultados serían parecidos: un inventario de la riqueza cuantificada, en manos de personas célebres. En estos casos, el dato adicional es que se trata de un precio extraordinario pagado por un trabajo. En efecto, un artista o un escritor no ganan dinero porque jueguen a la Bolsa o posean títulos del Tesoro, sino que cobran por la venta de un objeto al que se imputa una cierta cantidad de "trabajo socialmente necesario". ¿Cuál es la necesidad que cubre? Pues, simplemente, la repercusión en el mercado provocada por la venta de unos bienes que llevan su nombre. De alguna manera, estas noticias de

la cultura señalan que los bienes culturales son mercancías como cualesquiera otras y que resultan de un trabajo personal incrustado en una cadena de montaje a partir de la notoriedad de sus productores.

A todo ello se agrega la necesidad de lo actual. La cultura es un sistema de objetos que deben ser requeridos y vendidos ahora. De lo contrario, el mercado anula la existencia de esos bienes, el libro se torna papel para corrugar cartones y el celuloide se funde para hacer esmalte de uñas.

La comercialización a gran escala de bienes culturales habla en favor de la popularización. Si se venden muchos libros es, como dice reiteradamente Perogrullo, porque se compran muchos libros. Ahora bien: una cosa es vender muchos libros y otra cosa es fabricar un texto para que se vendan muchos libros. La cuantificación dineraria de la cultura pone entre paréntesis el contenido y la forma de la producción cultural misma que, cuando está bien hecha, unifica forma y contenido. Entonces: ya no importa lo que ha escrito Borges ni cómo se lo puede leer actualmente, sino cuánto pide su viuda por ceder los derechos de sus obras completas. Ni importa qué ha escrito el ganador del premio Planeta de Novela, pues el libro no se ha publicado (a veces, ni siquiera está del todo escrito, por milagros de la mercadotecnia editorial), sino qué cifras lucen en el cheque supuestamente dado por el editor.

A veces nos apresuramos a concluir que el mercado "nos ha alienado" los bienes culturales, con-

virtiéndolo en meras cantidades contables. Tal vez ocurra esto y también todo lo contrario: hemos acabado valorando la eficacia inmediata y cuantificable de la cultura, más allá de su forma-contenido. Con ello estamos promoviendo una proclama: no nos interesa ya lo que escritores y artistas nos digan, expliquen, expresen o comuniquen, según creamos lo que el arte pueda hacer. No nos importa porque no agrega nada a nuestra vida, no nos inquieta ni nos sosiega, no reproduce ni adormece nuestras angustias, no nos descubre placeres insospechados ni dolores desatendidos. Lo tenemos todo, o creemos tenerlo, y el mundo se ha transformado en un nuevo y enésimo hechizo: el encanto de la cantidad.

MISSOULA, MONTANA

Un documental televisivo ha acabado con mi ignorancia respecto a una ciudad del estado de Montana, llamada Missoula, donde viven entre cuarenta y sesenta escritores de novelas policíacas. La ciudad es fea y eficaz: tiene avenidas, tiendas, un generoso campus, instalaciones deportivas, puentes de variado diseño y anchos ríos poblados de truchas.

Me interesan las informaciones sobre la novela policíaca porque no me interesa nada la novela policíaca. Tal vez sea inoperancia de lector, pero siempre me ha fastidiado ese tipo de libros en los cuales gran parte del texto está escrita y resuelta de antemano. Ya sabemos que se ha cometido un crimen y que, tras desechar unas cuantas pistas falsas, el detective halla la pista verdadera. Nada escapa a la acción de la justicia y siempre hay una infalible armonía entre los hechos y la mirada. De alguna manera, es todo lo contrario de lo que ha conseguido la buena narrativa en cualquier tiempo y lugar. Visto por un escritor de Missoula, Proust es divagante, Tolstói abusa de explicaciones psicológicas, Stendhal es injusto con sus

héroes y Cervantes se burla de las cosas más serias.

Lo curioso del caso es que estos escritores son prototípicos de cierta tradición literaria norteamericana, la cual, vista desde la tradición europea del hombre de letras, parece su calco en negativo. Así es que estos novelistas, nucleados en torno al poeta y profesor Richard Hugo, que les descubre el *charme* del Gran Oeste Profundo, son carpinteros, pescadores, boxeadores, amas de casa, investigadores privados, mineros o conductores de camiones (por favor, no traduzca el lector camión por autobús). Cuando logran cierta fama, las revistas o periódicos pueden reclamar sus colaboraciones, pero serán artículos sobre medio ambiente, caerá de perfiles o música *country*. Muy raramente, estos escritores escriben sobre literatura.

Reunidos en bares y campamentos, se rocían de cerveza y conversan sobre el precio de las patatas o la crianza de los niños. Tampoco hablan de letras. Lo importante, para ellos, es la "vida", como si ésta fuera algo dado, cuyos contenidos hay que descifrar y, si hace falta, destripar. Son escritores duros e íntegramente realistas, que creen a pie firme en que las letras se nutren de experiencias y así es como recorren el mundo en busca de esa experiencia que pasará, con fidelidad, a sus libros.

En teoría, un escritor realista sólo podría escribir un solo libro: un inacabable libro autobiográfico, que se propondría duplicar el mundo y superponerse a él, como aquel célebre mapa exhaustivo del cuento borgiano. En la práctica, estos escritores producen su libro anual, entre una temporada de pesca y otra, mientras un editor instalado en un cuadragésimo piso de Nueva York se encarga de colocarlo en el mercado de la lectura.

En una sociedad pragmática, productiva y con un fondo moral muy fuerte, como lo es la nortea-

mericana, la literatura es algo forzosamente instrumental. Tiene que servir a fines éticos. De lo contrario, es un divertimento que sustrae tiempo y energías para el trabajo socialmente útil.

La novela policiaca es, en este orden, un sistema de narrativa edificante. En ella siempre existe la verdad, que es algo a lo que se llega por medio de la discusión de hipótesis y su verificación empírica. Normalmente, el detective triunfante no es un policía profesional, sino un justiciero solitario o privado, que trabaja por su cuenta, al margen de las instituciones de la justicia y, a menudo, en contra de ellas. Confía en la providencia que premia, *more* calvinista o cuáquero, con bienes terrenales, a quien hace el bien en esta Tierra. Se adentra en los infiernos del mal porque sabe que éstos existen, también provi-

dencialmente, para que él temple su virtud y la muestre inexpugnable a los ojos de la sociedad.

Mayor moralidad es imposible: si haces el bien y contribuyes a desmascarar el mal, no sólo hallas la verdad, sino que alcanzas la retribución social. Así te aisles en una ciudad asordinada del Gran Oeste Profundo, tus hallazgos serán conocidos en el mundo entero. Esta confianza en la armonía hombre/destino hace fuerte a una cultura del llamado, precisamente, Destino Manifiesto.

A veces, tengo la impresión de que todo esto pertenece al más puro y duro siglo XIX. Los Estados Unidos son, quizás el último país moderno en un mundo postmoderno, y la novela policiaca, su epopeya insistente, formato bolsillo, epopeya del infatigable triunfo del Bien sobre el eterno retorno del Mal. ▀

EL PASADO DE UNA ILUSIÓN Y LA AMÉRICA LATINA

DANUBIO TORRES FIERRO



Voy a intentar acercarme, de manera sucinta, al libro de François Furet desde una perspectiva latinoamericana. *El pasado de una ilusión* (FCE, 1995) está escrito por un historiador que es francés y es europeo y que, por tanto, centra su análisis en su país y en su continente. (Advierto, al pasar, que el hecho de ser francés sitúa al autor en una experiencia y un punto de vista privilegiados: la revolución francesa, con su prédica de que el método para resolver los problemas humanos es el revolucionario, fue una herencia que el comunismo hizo suya, y Francia fue un territorio en el que éste cundió con fecundidad.) La historia

que se traza, desde la gran guerra del 14, es una historia sobre todo europea. Pero es una historia que, muy especialmente en el caso del comunismo, se soñó una historia universal y que en gran medida resultó ser, como lo subraya Furet, "un psicodrama universal". Y las consecuencias que desencadenaron, a escala mundial, la caída del muro de Berlín y la liquidación de la Unión Soviética, son una prueba *ex post facto* de esa verdad.

Todos sabemos que Europa, y con ella el Occidente entero, entró en lo que se conoce como modernidad —o por lo menos así se le llamaba hasta ayer— a través de una revolución, entendida ésta en un

sentido amplio. Pues bien: hija de esa revolución portadora de modernidad, hija excéntrica e hija fragmentada, la América Latina ha sostenido desde entonces una relación contradictoria y de rezago con respecto al mundo moderno. Si aquí, a cierta altura, parece alcanzarlo y hacerlo suyo, allá, a cierta altura, parece desertarlo y abandonarse a su propia suerte. ¿Por qué este vaivén permanente y casi fatídico? Louis Hartz, en *The Founding of new societies* (1964), arriesga una hipótesis seductora, que más tarde habría de compartir el español Luis Díez del Corral en *El rapto de Europa* (1974). Hartz afirma que cada vez que un fragmento de una nación europea (la España del siglo XVI, la Inglaterra del XVII) se separó de su conjunto original para implantarse en un nuevo suelo, reencontró a esa revolución de la que había huido. Así, la fuga se revela ilusoria; con el añadido de que, una vez que el fragmento de Europa se escinde de su tronco primitivo y se convierte en una nación autónoma, escapa por un lado a las coordenadas europeas originales y, por otro, al incorporarse elementos autóctonos, se vuelve una suerte de híbrido. En efecto, lo que Hartz llama la "ideología europea" se desnaturaliza al transplantarse y el "nuevo genio" del fragmento se aplica a realizar una síntesis propia que, por su carácter bastardo, resulta incómoda y difícil de incoar. Hartz va más lejos en esta cuestión y observa, con lucidez, que la "ideología europea" padece, en sus nuevos paisajes, un proceso de "esclerosis" en el que son rasgos dominantes el conservadurismo, el estancamiento creador y la carencia de audacia intelectual; concatenadas, estas notas distintivas consagran un *statu quo* propio deforme y coronan una cierta rigidez retrógrada. Se entiende que así sea. Mientras que en Europa las ideologías se dan nacimiento unas a otras, en secuencias expansivas que se renuevan a partir de sus propios

materiales, el fragmento tiene que inventarlas dinámicamente sirviéndose del modelo original pero, a la vez, disimulándolo y adaptándolo, digamos, a contrapelo y a destiempo. Esta síntesis, la búsqueda de esta síntesis, fue lo que desveló a hombres como Sarmiento, Bello, Rodó, Martí y Vasconcelos. Al arriesgarse a lograr esa síntesis, ellos buscaron —en la teoría y en la práctica— deshacerse de las "rémoras" y los "lastres" que arrastraría el nuevo fragmento como impedimentos físis, impidiéndole su pleno vuelo, y también desearon aventar esa "teoría de la culpa" (la imposibilidad de hacer y de llegar a ser) que permeó al pensamiento latinoamericano desde mediados del XIX.

Las ideologías totalitarias del siglo XX, el fascismo y el comunismo, ambas pergeñadas en la matriz común del ideal revolucionario, fermentaron en América Latina bajo formas raras, perversas, contaminadas tanto por la novedad de que estaban investidas como por ese elemento de esclerosis propio del fragmento que denuncia Hartz. Veamos, desordenadamente, algunas pocas ilustraciones.

Empecemos por un caso muy conocido, el del peronismo. Fue un régimen político espurio, situado a mitad de camino entre el autoritarismo y el fascismo de corte italiano, mussoliniano, pero a pesar, o justamente a causa de su índole falsa no llegó a ser una ideología totalitaria. Lo que allí predominó fueron dos rasgos que Furet advierte como centrales para explicar el fenómeno totalitario: el papel del voluntarismo y de la demagogia populista como pedales para llevar adelante un proyecto político. Tampoco las dictaduras que se sucedieron en América Latina en las décadas de los setenta y los ochenta (Argentina, Brasil, Uruguay, Chile) fueron sistemas totalitarios, "fascistas", como anteaer y todavía hoy se insiste en calificarlos. Adoptaron, ciertamente, aquí y allá, mo-

dalidades y usos del fascismo, pero en realidad se trató de dictaduras autoritarias, amparadas en el terror de Estado, que se cayeron una a una por su incapacidad para reducir a su grado cero —como lo hicieron los totalitarismos europeos— a la sociedad.

¿Y qué decir, en lo que toca al hecho revolucionario propiamente dicho, de la revolución mexicana, que se adelantó a la soviética, que fue implacablemente eclipsada por ella y que, sin embargo, tuvo el empuje y los vuelos de una auténtica revolución popular, la primera que pueda considerarse tal en el siglo XX sin que sea deudora —como lo ha visto Octavio Paz— de las ideologías revolucionarias anteriores o posteriores? En cambio, en boca de los militares argentinos, brasileños o peruanos, que en repetidas ocasiones hablaron de "revolución" para calificar a sus regímenes, la palabra es sometida a una usurpación bárbara...

En lo que toca al comunismo, su influencia en América Latina adquirió características diversas según las épocas y las regiones. A veces, como en el Uruguay y la Argentina, adoptó en las décadas de los cuarenta y los cincuenta los ropajes benévolos y nada agresivos del socialismo (Emilio Frugoni, Juan B. Justo). A veces, como en el Perú, pasó por el mestizaje de un Juan Carlos Mariátegui y hasta de un José María Arguedas, ambos dispuestos a echar las bases de un marxismo de raíz indigenista. Pero el influjo marxista se pronunció en los años cincuenta y sesenta, cuando emergió el movimiento tercermundista y cuando ejerció una gravitación muy notable por medio de los despliegues del comunismo soviético y de sus derivados, fueran o no guerrilleros. Unos y otros, como ocurrió en Europa y como bien lo describe Furet, se enfrentaron por sus respectivas estrategias metodológicas y por sus distintas acepciones ideológicas; unos y otros, no

obstante, nunca perdieron de vista una fraternidad que los conducía a llevar agua a un mismo molino. Hubo, a grandes rasgos, dos vertientes "revolucionarias": la de los partidos comunistas ortodoxos, fieles a Moscú, y la que, con la aparición del maoísmo y la guerra del Vietnam, corrió por sus propios y más radicales caminos. Primero fue la emergencia de la revolución cubana, que en su momento inicial contó con una adhesión casi unánime porque derrocaba a un sistema dictatorial —el de Fulgencio Batista—, y porque lo hacía en nombre del antiimperialismo norteamericano y de un subdesarrollo atado a formas de colonización y dependencia. Estos dos últimos datos pueden ayudar a comprender, en el marco de la guerra fría, la opción crudamente comunista que hizo, muy pronto, la revolución castrista. Asoma aquí un punto interesante: la revolución cubana ya no se inscribirá en la herencia de la revolución francesa, como lo hace el comunismo europeo, sino en el legado de Octubre del 17 y más vagamente en la revolución de independencia latinoamericana, movimiento —como se sabe— de espíritu anticolonial. Otra vez lo mismo: el sistema creado por Castro es un sistema contrahecho. Alía componentes propios del totalitarismo con otros que corresponden a la tradición política iberoamericana: el caudillismo, por ejemplo, pero también la demagogia populista y el voluntarismo como *ultima ratio*. Hay por lo menos dos aspectos del régimen cubano que son altamente sintomáticos si se los sitúa en el contexto del libro de Furet:

1) Por un lado, su copia agobiante de algunas recetas del totalitarismo: la confiscación del poder absoluto, la idolatría al Yo supremo, una planificación económica que toma los deseos por realidades y conduce al desastre y —en fecha muy temprana en la cronología revolucionaria— unos juicios políti-

cos en contra de colaboradores del régimen caídos en desgracia o en contra de disidentes e intelectuales, juicios pergeñados según el modelo aplicado por Stalin y sus secuaces. El caso de Heberto Padilla fue, en este sentido, ilustrativo. Se trató de una verdadera excomunión: un ejemplo de lo que Furet llama "la religión de la historia". Y sus consecuencias, en el mundo intelectual iberoamericano, fueron catastróficas porque llevaron a una gran mayoría de artistas, escritores e intelectuales a una forma ciega de compromiso ideológico. Aquí, en este punto, la experiencia europea y la nuestra se tocan: el mundo intelectual fue, como dice Furet, presa del espíritu de la época, no dudó en mentir y, en lugar de añadir su toque de independencia crítica y de libertad creadora, sucumbió a la pasión revolucionaria. Tal cerrazón ideológica de nuestros intelectuales sigue, por desgracia, siendo vigente...

II) Por otro lado, a cierta altura de su desarrollo, y siguiendo los objetivos de lo que Furet denomina "una patria universal del comunismo", el régimen de Castro se propuso exportar la revolución al resto de América Latina. Esta acción fue emprendida por el Che Guevara y en ella tuvo participación muy activa un paisano de Furet: Régis Debray. Lo que resultó de ahí fue terrible, sobre todo para la parte sur del continente: la doctrina de crear "uno, dos, muchos Vietnam" incendió literalmente a varios países. Surgió así el movimiento guerrillero, basado en la "acción directa" y, como reacción, el autoritarismo dictatorial y el terror de Estado. Más acaso que el odio de clases o el odio a la burguesía, lo que floreció entonces fue una denigración de la democracia y la exaltación del ideal revolucionario amparado en la vanidad de intentar la transformación súbita de la sociedad y comenzar de nuevo la historia. Tuvieron que transcurrir casi dos décadas dolo-

rosas para que, a través de la reivindicación de los derechos del hombre, y luego del fracaso de los regímenes autoritarios, se restaurara la legitimidad institucional de la democracia.

Hay una derrota que es común a la revolución soviética y a la cubana (para no hablar de la sandinista): su imposibilidad de crear, desde la tabla rasa de los valores políticos, lo que se llamó el "hombre nuevo". ¿Por qué? Primero, claro, porque el ideal de un "hombre nuevo" peca de desmesura y resulta, dada la humana condición, un propósito irrisorio; y, segundo, y esta es una de las enseñanzas centrales del libro de Furet, porque los soviéticos —el modelo supremo, no lo olvidemos— no fueron capaces de crear una civilización, como por cierto lo logró la revolución mexicana al articular una idea de nación. ¿Cómo iban a alcanzar una civilización los soviéticos si allí no existían ciudadanos? Aquí, en esta cuestión, radica —creo— el dilema actual de Cuba, y su prueba de fuego: permitir, o no, que se desarrollen unos ciudadanos capaces de pensar y actuar por su cuenta. Los datos de hoy son, al respecto, francamente desalentadores. Por lo demás, ¿no aparece, en el arcaísmo castrista, esa "esclerosis" que Hartz apunta como decisiva en el "fragmento"?

Furet insiste en que tanto el fascismo como el comunismo demostraron el fracaso del voluntarismo, que pretende mover la historia en una sola dirección, en la dirección que se desea. Este fracaso, incrustado en las sociedades modernas, tiene hoy consecuencias dañinas porque *desacreditó* el papel de la voluntad en la política. En efecto, la crisis política que vive el mundo encuentra allí una de sus explicaciones: las instituciones, los partidos políticos y los actores sociales se ahuecan y pierden peso sin la voluntad creadora del hombre. El fracaso del voluntarismo tiene otra

dimensión que también afecta al mundo moderno. El voluntarismo se propuso, entre otras tareas, remediar la alienación económica provocada por el sistema capitalista. No lo logró. Pero, después del derrumbe comunista, que cierra el ciclo histórico inaugurado por la revolución francesa, ¿no estamos acaso regresando a un nuevo voluntarismo emblemático que hace del mercado un único termómetro social y construye de paso otro fetiche? Esta pregunta, que nos sitúa a

todos ante el mismo abismo, es la que queda flotando en las páginas finales del libro de Furet. Él, Furet, tiene una única y modesta respuesta que debemos compartir: profundizar en una democracia con vocación universal que, así como devoró a la utopía revolucionaria, ponga frenos y contrapesos al frenesí de un mercado que se quiere todopoderoso y vuelva a situar en el centro de la acción a los ciudadanos. ¿Será capaz, la América Latina, de hacerse cargo de este desafío? 

forma, 4/nov/95). En condiciones normales semejante frase hubiera pasado inadvertida o habría alertado sobre lo *descabellado* de la afirmación. Si no fue así es porque la incertidumbre domina el ánimo y las expectativas de los inversionistas.

Ante la inestabilidad cambiaria, el comportamiento del gabinete económico ha sido errático: primero se pronunció —tal como se apunta en el ARE— por la libre flotación; luego, ante la caída libre del peso, que no han logrado detener las alzas en las tasas de interés ni las declaraciones del gobierno, anunció la formación de un Fondo de Estabilización de 5 mil millones de dólares con fondos públicos y privados, pero la iniciativa abortó porque en Washington y Wall Street consideraron que equivalía a la introducción solapada del control de cambios; finalmente, el Banco de México intervino con 150 millones de dólares el jueves 9 de noviembre, con relativo éxito, ya que después de haberse cotizado hasta 8.60, el dólar cerró a 7.60 nuevos pesos.

La estrategia y los pronósticos del gobierno de la República fallaron, pero eso ya no sorprende a nadie porque así ha sido desde el inicio: el 3 de enero se suscribió el Acuerdo de Unidad para Superar la Emergencia Económica (AUSEE) con dos metas fundamentales, alcanzar un crecimiento del 1.5% del PIB con una inflación del 16%, y un pronóstico: el dólar se estabilizaría a 4.50 nuevos pesos. Todavía el 2 de febrero, Guillermo Ortiz hacía sus estimaciones económicas en los mismos términos. Sin embargo, durante la primera semana de marzo el dólar llegó hasta los 7.80 nuevos pesos. Vino entonces el Programa de Acción para Reforzar el Acuerdo de Unidad para Superar la Emergencia Económica (PARAUSEE), que se hizo público el 9 de marzo. El nuevo programa ajustó los pronósticos: ya no habría crecimiento, sino una contracción del 2%, y la inflación se situaría en un 42%. Además, esta-

LA PROFECÍA DE ASPE

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY



En el texto íntegro del primer informe de gobierno se afirma que la supresión del déficit comercial y la contracción de la base monetaria influyeron positivamente en las expectativas de los inversionistas extranjeros en torno a la eficacia del programa de ajuste económico. Por otra parte, señala que la apertura de un mercado de futuros y opciones de divisas en México habrían permitido acelerar la estabilización del mercado cambiario y disminuir las fluctuaciones en las tasas de interés. Después del primero de septiembre, Ernesto Zedillo reiteró ese optimismo al afirmar que lo peor de la crisis había pasado y que la recuperación económica llegaría en el tercer y cuarto trimestre del año en curso.

Dos meses después, los pronósticos fueron radicalmente desmentidos, pero la respuesta del gobierno fue inmediata: el domingo 28 se firmó en Los Pinos la Alianza para la Recuperación Económica (ARE) y el presidente de la República saludó el nuevo pacto con un opti-

mismo renovado: "Con esta Alianza —dijo— se generarán condiciones para que disminuyan las tasas de interés y para fortalecer el tipo de cambio de nuestra moneda". La reacción de los mercados fue positiva: el martes 30 el dólar cerró a 7 nuevos pesos... pero el gusto duró poco, muy poco: el viernes 3 de noviembre, en medio de rumores sobre un golpe de Estado, el dólar subió a 7.75% y una semana después alcanzó 8.60 —en algunas ciudades fronterizas se vendió hasta en 9 nuevos pesos.

Los rumores sobre el golpe de Estado no debilitaron al peso ni fueron el resultado de una conjura; más bien mostraron la escasa o nula credibilidad del gobierno de la República en el exterior y en el interior. El artículo distribuido por Dow Jones se limitaba a señalar que uno "de los rumores más *descabellados* [el subrayado es mío] que circulan es que el Ejército negocia con Zedillo para que renuncie en favor de un gobierno interino militar que convoque a nuevas elecciones" (Re-

blecía como objetivo central de la política cambiaria "reducir las fluctuaciones excesivas en el tipo de cambio. Para ello, se ha integrado un Fondo de Estabilización de la Paridad con recursos de autoridades extranjeras y del Fondo Monetario Internacional". Y en efecto, después de haber alcanzado su nivel más alto el 9 de marzo (7.80) el dólar bajó a 6.10 a finales del mes de abril. El programa fue relativamente eficaz, pero su agotamiento en el mediano plazo es un hecho. De otro modo, el peso seguiría estable.

Si el gobierno de la República

no toma en cuenta esas lecciones se verá condenado a repetir la historia. No sólo porque quien no recuerda la historia está condenado a repetirla, sino porque sobran argumentos para mostrar la inconsistencia de la actual política económica. Los propósitos centrales de la Alianza para la Recuperación Económica: alcanzar un crecimiento del PIB del 3% y reducir la tasa de inflación al 20%, no son compatibles con tasas de interés que ya superan el 50% y con una devaluación superior al 100% en lo que va del año. Sin embargo, el presidente

de la República se niega a reconocer la realidad y afirma que estamos ante una turbulencia pasajera, que no afecta los tiempos ni las metas de la recuperación.

Semejante visión es tan miope como la que imperó a principios de año. El alza en las tasas de interés, golpe al programa de reactivación de la producción y el consumo, agrava el problema de las carteras vencidas —lo que a su vez incrementa el riesgo de quiebra de la banca— y pone contra la pared a todas las empresas que tienen pasivos en dólares. La devaluación tenderá, por su parte, un efecto directo e inmediato sobre la tasa de inflación. Antes de esta recaída, los pronósticos de la mayoría de las empresas de consultoría eran que la tasa de inflación se situaría en 50% y que el peso cerraría el año por debajo de los 6.50 nuevos pesos. Pero un dólar alrededor de los 8 nuevos pesos y el incremento —ya anunciado por el Banco de México— de la masa monetaria tendrán un efecto inflacionario considerable en el corto y en el mediano plazo.

Por otra parte, el ARE señala que "la cuenta corriente de la balanza de pagos se encuentra en un virtual equilibrio como resultado del fuerte dinamismo del sector exportador" y considera que ésta es una de las condiciones principales para poner en marcha la política de reactivación. Sin embargo, el cimienta sobre el cual se construye el razonamiento es débil y admite más de un matiz. Es verdad que la cuenta corriente está en un virtual equilibrio, pero éste se debe en parte al fuerte dinamismo de las exportaciones y en parte a la contracción de las importaciones. En lo que va del año la variación más fuerte se registra sin duda en el primer renglón (para el período enero-agosto las exportaciones crecieron en un 32% respecto del año anterior), pero la reducción en el segundo también es relevante (7.7%). Sobre esa base la balanza comercial registró a finales

UNA MODESTA ADVERTENCIA

Desde hace ya dos años, México soporta —con vaivenes, pero de forma sostenida, es decir: agravada— una crisis económica cuyos orígenes y causas resulta difícil determinar. ¿La política del gobierno? ¿La especulación financiera nacional e internacional? ¿Los intereses del sistema capitalista? ¿Los efectos, y las consecuencias, de la globalización? ¿El agotamiento, a nivel mundial, de un modelo económico? ¿O aquella famosa Mano Invisible que teje y desteje en su propio provecho, sin escrúpulos y sin alma? Preguntas, todas, que desembarcan en un solo puerto: el peligro de que la crisis económica se vuelva permanente al quedar marcada por la inflación.

La inflación es un hábito perverso, que arraiga rápido, y se convierte muy pronto en un enemigo devastador —sobre todo si estimula, en zonas de la sociedad, voluntariosos colaboracionistas dispuestos a pescar en río revuelto. La inflación tiene efectos políticos y sociales: destruye las instituciones, arrinconas a las clases sociales, merma la solidaridad colectiva, disgrega las normas de convivencia y echa por tierra, de una brazada, la estructura social entera. Así, se convierte en un malestar cultural: sus implicaciones rebasan lo meramente financiero y alcanzan a los hábitos de comportamiento y las actitudes psicológicas. No hay nada estable: la sociedad se encuentra en un estado de continua mudanza, pues nadie sabe a qué atenerse. Una especie de lotería donde ganan, siempre, los tramposos. Allí, por caso, un especulador hará fortunas repentinas y un profesor universitario se encontrará pobre.

La inflación es el síntoma de una falla profunda: una indisciplina fatal que, en sí misma, constituye una suerte de rendición moral. Una insidia de la que todos salimos perdedores. De ahí que los tiempos de inflación sean tiempos desaseados, sucios, descuidados, y se apodere de ellos la irrealidad.

No es el mejor clima para nuestro país, que necesita claridad y transparencia para que la sociedad (ese conjunto de hombres que conviven según unas reglas que se llaman leyes y que encarnan en instituciones) pueda desarrollarse civilizadamente y sin la tentación tan seductora por su propia perversidad— del desorden y la incertidumbre.

Cuadro 1. EXPORTACIÓN (millones de dólares)

Año	Monto Total	Composición		Incremento respecto del período anterior*
		Petróleo	Manufacturas	
1982	21 006	77%	15%	
1988	20 657	32%	56%	-1.6%
1994	60 882	12%	83%	300 %
1995 (ene-ago)**	51 510	11%	82%	32.5%***

Fuente: Banco de México.

* Este incremento se refiere al monto total de las exportaciones.

** Los datos corresponden al período enero-agosto del año en curso.

*** El incremento se refiere al mismo período (enero-agosto) del año anterior.

Cuadro 2. COMPOSICIÓN DE LAS IMPORTACIONES (millones de dólares)

Año	Total	%Bienes de Consumo	%Bienes Intermedios	%Bienes de Capital
1982	14 421	10.5%	58.2%	31.2%
1988	18 903	10 %	68.5%	21.3%
1994	79 346	12 %	71.2%	11.6%

Fuente: Banco de México

Cuadro 3. IMPORTACIONES (millones de dólares)

	1994 (ene-ago) (A)	1995 (ene-ago) (B)	Crecimiento (B/A)
Importación total	50 982	47 020	-7.8%
Bienes de consumo	5 917	3 642	-41.5%
Bienes intermedios	36 466	37 711	3.4%
Bienes de capital	8 598	5 846	-32.0%

Fuente: Banco de México

de agosto un superávit acumulado de 4 mil 489 millones de dólares.

El logro en el ritmo y la composición de las exportaciones es inne-

gable y forma parte de una tendencia de largo plazo; aunque entre 1982 y 1988 el crecimiento absoluto de ese renglón fue prácticamente

nulo, el cambio en la composición fue notable: las exportaciones petroleras que representaban las 3/4 partes de los productos exportados el último año del gobierno de López Portillo descendieron al 32% seis años después; en sentido inverso, las exportaciones manufactureras pasaron en el mismo período del 15 al 56% (cfr. cuadro 1). Eso significa que durante el gobierno de Miguel de la Madrid se operó un cambio estructural en la economía y en su vinculación con el exterior.

Esa transformación se acentuó durante el sexenio pasado: las exportaciones petroleras disminuyeron al 12% del total en 1994 y los productos manufacturados aumentaron al 83%. Pero además, las exportaciones pasaron de 20 mil 657 millones de dólares en 1988 a 60 mil 882 millones de dólares en el último año de la administración salinista —el incremento fue de un 300%; esa tendencia se ha profundizado a lo largo de todo el año de 1995 (cfr. cuadro 1). Quienes plantean que el "modelo neoliberal" ha fracasado, deberían revisar esas estadísticas. En el transcurso de estos 13 años hemos pasado de una economía petrolizada y cerrada a una economía abierta con un sector exportador manufacturero muy dinámico.

Pero volvamos a la cuestión del virtual equilibrio de la balanza de pagos en la cuenta corriente, que se plantea en el ARE. No cabe duda que el incremento en las exportaciones, como lo muestran las cifras anteriores, es una tendencia que se ha venido consolidando de larga data. A contrapelo, la reducción de las importaciones ha sido el efecto coyuntural de la política recesiva que ha puesto en operación el gobierno de la República; en el primer semestre del año la economía en general registró un descenso de 5.8%, el sector agropecuario cayó en 9.8% y el industrial en 6.2%. El mismo análisis por ramas arroja cifras más altas: textiles, vestido y

cuerdo cayeron en 18.7%; la construcción en 15.9%; la automotriz en 20.2% y la madera y sus productos descendieron en 16.4%. Simultáneamente, el desempleo abierto pasó del 3.2% en diciembre del año pasado al 7.2 en septiembre del año en curso, lo que significa que en un período de nueve meses casi se triplicó.

Esas son las bases reales de la contracción de la demanda, de la reducción de las importaciones y consecuentemente del virtual equilibrio que registra la cuenta corriente de la balanza de pagos. Ahora bien, contra lo que podría pensarse, la apertura de la economía y la entrada en vigor del tratado de libre comercio no modificaron radicalmente la estructura de las importaciones. La mayor parte de los productos que se compran en el exterior siguen siendo bienes intermedios y de capital; los bienes de consumo no han aumentado en forma significativa (cfr. cuadro 2). Por eso, pese a la fuerte contracción del primer semestre, la importación de bienes intermedios registró un leve crecimiento (cfr. cuadro 3). En consecuencia, la pregunta que hay que plantearse es la siguiente: ¿qué va a pasar con el virtual equilibrio cuando la economía empiece a crecer de nuevo? La respuesta es sencilla: en la medida en que haya una recuperación en las distintas ramas de la producción habrá un incremento en el monto de las importaciones y el equilibrio de la cuenta corriente de la balanza de pagos se verá presionado de nuevo.

El Acuerdo para la Recuperación Económica no reconoce este problema. En lo que se refiere al sector externo sólo menciona el virtual equilibrio de la cuenta corriente, el

compromiso de continuar con la política de libre flotación del peso y la amortización de tesobonos por cerca de 27 mil millones de dólares. Suponiendo sin conceder que la política de reactivación funcione, los límites estructurales pondrán en el mediano plazo al gobierno y al sector externo en una situación similar a la de finales de 1994: el déficit en la balanza comercial presionará de nuevo la estabilidad cambiaria. En ese sentido, hay que reconocer que —tal como lo planteó la administración salinista— no hay otra salida que la del ahorro externo. Pero para que la inversión externa (directa y en cartera) retorne al país es indispensable ofrecer estabilidad en el tipo de cambio. Esa fue la gran lección que dejó el sexenio pasado. La estabilidad cambiaria (un deslíz programado del peso respecto del dólar) y el crecimiento económico comenzaron en 1987 con la puesta en marcha del primer pacto económico entre los sectores.

Las dificultades del gobierno del presidente Zedillo no son casuales. Su visión del sector externo ha sido errónea desde el principio. La devaluación del 19 de diciembre fue un efecto de las presiones cambiarias, pero también de la convicción que privaba en la nueva administración: el peso estaba sobrevaluado y era indispensable ajustarlo a la baja. En diciembre el gabinete económico no buscó otra alternativa, porque consideró que no había peligro alguno y porque una de las prioridades que se había fijado era justamente la de depreciar la moneda para corregir el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos. Nadie en Los Pinos ni en Hacienda entendió la advertencia que hizo Pedro Aspe el 20 de noviembre de

1994: "Dada la continuidad de banda cambiaria y del estricto cumplimiento de lo acordado en el Pacto en los últimos años, en mi opinión no teníamos la posibilidad de realizar una 'pequeña' devaluación del 15%, pues al realizarla en forma abrupta, rompiendo con los aumentos graduales de la banda, seguramente los mercados nos arrastrarían a una devaluación adicional en menos de 24 horas y, lo que era aún peor, a una pérdida de credibilidad y confianza" (*El Norte*, 14/jul/95).

El gabinete económico no entendió en diciembre y hoy, cuando el ARE languidece, sigue sin entender. Por eso la devaluación de un 15 a 20% que buscaba Jaime Serra en diciembre se ha transformado en una vorágine que está devorando a la economía nacional. Por eso ya pasamos del 100% y nadie saben dónde nos detendremos. Lo que sigue ahora es un círculo vicioso: la devaluación alentará la inflación y ésta terminará por provocar nuevas devaluaciones. ¿Hay, pues, que reiterar lo evidente? Los ajustes de la cuenta corriente de la balanza de pagos, del déficit fiscal o de la masa monetaria no bastan ni bastarán para estabilizar el mercado cambiario; son una condición necesaria, pero no suficiente. Esta no es una tesis teórica, es una constatación. Para superar la situación actual habría que reconocer los errores, reestructurar el gabinete económico y empezar a trabajar en un acuerdo financiero y monetario con EU y Canadá para estabilizar el peso. De no ser así, la profecía de Aspe se transformará en maleficio y habrá que armar una Alianza para rezar por el milagro de la estabilidad cambiaria y el crecimiento sostenido. ■

BUZÓN DE FANTASMAS
LOS OFICIOS DEL POETA

JOSÉ GOROSTIZA



La publicación en recientes semanas de cartas en las que funcionarios federales piden a la Universidad que ignore sus propios reglamentos, me recordó algunas que recibió José Gorostiza en sus puestos públicos. Un secretario de estado le pide que le consiga en Roma un candil "de esos grandotes"; otro, que influya para que su sobrino gane el consulado en Río; varios, que le halle acomodo en la oficina a "la portadora de la presente". En una más, Francisco Monterde le solicita boletos para el estreno de una obra de teatro. Gorostiza se los remite. A Monterde no le gustan. El poeta responde:

GUILLERMO SHERIDAN

México, a 12 de abril de 1932.

Sr. D. Francisco Monterde.
 Presente.

Mi querido Francisco:

No quiero pasar inadvertida la alusión que en su crónica del domingo hace usted respecto a la localidad que se le asignó para presenciar el estreno de Juárez y Maximiliano, tanto más cuanto que parece, a juzgar por la insistencia de todos los cronistas sobre el mismo punto, que ha habido un acuerdo para hacer mal ambiente a la obra.

Como amigo de usted, creo inútil hacer ninguna aclaración, porque usted conoce suficientemente mi lealtad. Baste con asegurar a usted que en las condiciones del caso le destiné las mejores localidades de que pude disponer. Usted mismo me vio en los pasillos espiando la representación desde las corti-

nas, porque si es cierto que el bofetaje pasó entero por mis manos también es cierto que las exigencias fueron tantas y tan apremiantes, que hube de sacrificar las dos lunetas de balcón que en un principio me reservé. Soy pues insospechable de haber procedido de mala fe.

En cambio debo confesarle, para no mentir, que su actitud hacia mí me ha desalentado. Usted, el más ponderado quizá de cuantos hombres conozco ¿molestarse porque le ofrezco un mal asiento, es cierto, pero el mejor con que contaba? ¿De molestarse al grado de no ver en Juárez y Maximiliano sino fealdad e imperfección? ¿Usted

que semana a semana se ha visto obligado a encomiar, a falta de otra cosa, las interpretaciones de las hermanas Blanch?

No acabo de creerlo, Francisco, porque siempre pensé que nuestra amistad no podía comprometerse por causa de una silla ofrecida con la más buena intención.

Pero en fin, las cosas suceden cuando menos se piensan. En realidad, aunque su actitud me apena, más que por inesperada porque no hace juego con usted, lo único que persigo en esta carta es dejar plenamente establecido que no pensé por un solo instante molestarlo u ofenderlo y que si lo molesté u ofendí, la ausencia de intención me releva de culpa. Establecido esto, créame que todo lo demás no me interesa porque estimo en tanto la consideración de usted que prefiero ser como ahora, víctima de su injusticia, que haber sido injusto con usted. 

JOSE GOROSTIZA

HACE CINCUENTA AÑOS
LAS MINORÍAS
 PEDRO SALINAS



En el número 1 del volumen XXV de Cuadernos Americanos, hace cincuenta años, concluta "La gran cabeza de turco o la minoría literaria", el ensayo de Salinas de cuya primera parte elegí fragmentos para el número anterior de Vuelta. En el ensayo, Pedro Salinas se refiere a la "eterna cuestión del arte de minoría", analiza los valores mayoritarios y toma partido contra quienes se decoran de demócratas denunciando a las minorías intelectuales. Hoy, que pasar por tal es un pingüe negocio y hasta se organizan congresos que aspiran a

"ampliar los cauces de la democracia literaria" en el venidero siglo, el ensayo de Salinas reitera su vigencia. Selecciono a continuación, y edito minuciosamente, algunos momentos de su segunda y última parte.

GUILLERMO SHERIDAN

¿Qué si no monstruosa criatura, medio ángel, medio bestia, es lo que llaman el best-seller? Significa el mejor vendido. Best, el mejor, la cabeza de ángel, noción de excelencia, de calidad, aquello a que todos aspiramos; y luego seller, vendido, el

cuerpo de endriago, lo venal, lo que se hace por puro dinero; al estar calificado por aquel *mejor* quiere decir que se vende *más* e introduce como dominante la noción de cantidad. La expresión es especiosa si las hay; tentativa de conciliar lo inconciliable, de unirse al mismo propósito al cordero y al león. La capciosa correlación entre éxito de venta y valor literario y humano del libro cabe en lo que llama Mannheim "formas de democratización negativa".

La mayoría ejerce hoy un poder mucho más absoluto e irresponsable que el que nunca manejaron los grupos minoritarios. Parece que debía sentirse satisfecha de su suficiencia para juzgar, y tenerse por bastante poderosa para prescindir de todo lo que no sea su gusto, ufánandose de su plena libertad de acción, por nada limitada y a nada sujeta. Y sin embargo hay algunos síntomas indicadores de que este público, después de conquistada su libertad, siente algunas dudas sobre qué hacer con su libertad, y ciertas aprensiones de que, después de todo, acaso no sea enteramente infamante para el pundonor del mundo democrático moderno el reconocer alguna autoridad para guiar y aconsejar en materia literaria. La acogida que algunas revistas literarias tienen, sobre todo su conversión de revistas de minoría pura en esferas de influencia sobre mayorías relativas, indica que existe una necesidad natural de reconocer un papel directivo a las minorías, en materia literaria, y que así lo sienten las zonas más despiertas de la mayoría.

El sistema de antaño, fundado en la tácita concesión a las minorías de una superior competencia en juicio literario, se desplomó en ruinas ante el asalto de la mayoría que voceaba reclamando sus derechos. Y para escapar de esa tiranía de los menos, se declaró el nuevo principio de que los más tienen siempre

razón cuando juzgan una obra literaria, por el hecho de que son los más. ¿Queda con eso la situación en claro y el problema resuelto? No lo parece. El público mayoritario va dando tumbos del Premio Nobel al "Libro del mes", enorme tropel nostálgico, sin saberlo, de las viejas minorías directoras.

Se suele creer la envenenada o frívola afirmación de que una minoría literaria se compone de un corrillo de extravagantes adictos a la cábala literaria. Los artistas de minoría suelen ser unos cuantos visionarios que coinciden en vislumbrar, sobre el nivel de visibilidad artística de su época, una nueva forma de realización y se arriman para confirmarse en su fe, y ayudarse en la faena de la salvación de su idea. La minoría no es un embleco, un tabladillo de feria montado para engañabobos. Es un producto natural que se produce y reproduce con los mismos caracteres a lo largo de los siglos y a lo ancho de la geografía. Esta constancia en su ser, y esa persistencia de sus rasgos, indican su condición de necesidad vital. Criatura legítima de las modalidades de la sociedad y de ciertas exigencias de la actividad creadora intelectual, el individuo de minoría, el disidente, es, en el fondo, figura trágica que se lanza a la escena nada menos que a desviar el curso de un destino. La minoría es un clima. Un conjunto de condiciones, particularmente favorables al miedo y a la realización de unas visiones, unos empeños, unos organismos artísticos que fuera de él, en el clima común, se ven condenados al malogro. Son órganos de selección, donde el individuo original, el estilo nuevo, hallan capacidad para realizarse en su plenitud.

Cuando un escrito, por su extrañeza, por su intrínseca dificultad de acceso, su exquisitez o su singularidad de propósito, parezca destinado a ser lectura de pocos, la minoría lo

adoptará por suyo guardándolo en su seno, donde quede esperando a los escasos espíritus que en él encuentren recreo y sentido. Así es como han perdurado a lo largo de los siglos ciertas obras maestras que nunca dejaron de tener devotos, aunque nunca lograron muchedumbres. En nada perjudican a otros tipos de arte, ni se oponen a las grandes corrientes. Son los apartados que, en la penumbra de las minorías, sin ambiciones de refulgencia, esperan a los raros que de vez en cuando llegan a su hornacina y cumulan con su misterio.

¿No será la mayoría en lo que tiene de más valioso, la lenta combinación en el tiempo de los acrecimientos que siglo tras siglo le han ido procurando las minorías, y que por estar ya tan fundidos en la grandeza común no se les reconocan sus rasgos de origen y hasta se llega a negarlos cegadamente? Hay un gracioso epigrama de Valéry, donde afirma que el león no es otra cosa que carnero bien digerido. Quizá los más hermosos leones sociales, las mejores mayorías, son aquellas que se han tragado y tienen dentro de sí bien absorbidas, el mayor número de minorías, cándidos corderos.

Se me figura que muchos, por no decir todos de los que vituperan y escarnecen las minorías literarias y artísticas, consideran admirable la costumbre democrática de dejar vivir a las minorías raciales y religiosas de un país, en perfecta paz y armónico funcionamiento con los demás. Y no obstante, por uno de esos extraños casos de ceguera especializada o daltonismo, cuando se viene a tratar de la minoría espiritual, de los disidentes intelectuales, estos ciudadanos, respetuosos de las diferencias en el campo político, se comportan con la bárbara simpleza del fascista: barrer el adversario: aquí no hay más opinión que la mía. ■